



Tribuna Abierta

Elas

por Fabián Laespada - Sábado, 19 de Diciembre de 2009 - Actualizado a las 10:35h.

-

sólo ellas saben del dolor más que nadie. Cada una de sus vidas se alteró brutalmente después de la muerte violenta de su marido, de su hijo, de su hermano. En muchos casos, en la mayoría, había niños en casa. El dolor se iba inevitablemente a propagar por los rincones de cada hogar. Pero estaban ellas, sorbiéndose las lágrimas más amargas, en pie de paz, iniciando la labor titánica de no contagiar el desconsuelo y todos sus vinagres, de transmitir el amor ausente, arrebatado. Ellas se multiplicaron en tareas y parabienes; se afanaron en blindar el hogar y sus criaturas, para que el miedo, la ausencia y la soledad no hicieran mella irreversible. Y menos, aún, el odio.

Hay rabia, hay impotencia y, a veces, abatimiento, pero nunca he percibido odio alguno en las víctimas, en esas mujeres anónimas a las cuales un día, un horrible día, les tocó la macabra lotería del bombo terrorista. En un anonimato social imperdonable por nuestra parte, reiniciaron una vida, otra, distinta pero continuadora de la anterior, sin esa rueda fundamental que hacía andar el carro. Pero ellas fueron tejiendo con mimos infinitos un calor familiar, una red de complicidad con los suyos que les evitara entrar en el hurrumbroso juego del odio, del ojo por ojo, de la espiral violenta.

Manoli cuidó de Domingo, fatalmente herido, como si cada día fuese el último. Cuentan quienes les visitaban asiduamente que la ternura de ella no tenía límites. Así durante ocho años, forjando en su hogar un refugio a donde acudían otras víctimas y amigos, a reír y llorar, mientras Tamara, su hija, ahuyentaba rabias y angustias. En el mismo atentado en el que Domingo quedó ocho años tetrapléjico, Montse, sin embargo, enviudó de cuajo: su Rafael murió al instante acribillado por una bala en la cabeza. Tenían tres hijas de corta edad. Por si aquello fuese poco, al cabo de unos meses ella tuvo que malvender el piso e irse a vivir lejos de Euskadi. La presión, el paisaje urbano y humano legitimador de la violencia y la soledad, inmensa y gélida soledad, le pusieron en el tren del destierro.

Cual fénix, Sandra se levantó de las cenizas provocadas por los disparos contra su padre, y gritó libertad, y exigió la paz, sin más adjetivos, paz. El coraje y la rabia se le encaramaron a los labios y habló en boca de muchas otras huérfanas, violentamente huérfanas. Lleva la mirada enhiesta, insobornable, especialmente cuando pasea por su pueblo, orgullosa de ser la hija de quien es.

Mari Carmen tuvo el coraje de presentarse ante el mismísimo ministro del Interior de la época para reclamar lo que era suyo: la pensión de viudedad que le correspondía desde un año atrás y que la Administración no le otorgaba. Además, sacó coraje suficiente para no suspender la boda de su hijo y, con una pena latente inmensa, se dijo a sí misma que le habían matado al marido pero no a su memoria, y que la dignidad era lo último que ella perdería.

Elas, especialmente las más lejanas en el tiempo, se tuvieron que refugiar en la soledad de un dormitorio viudo, huérfano, diezgado. Y allí llorar, a puerta cerrada, sentadas en una cama inhabitable ya, con las manos sujetando una cabeza que negaba, que no podía despertar de la pesadilla, que le era imposible responder a la reina de las preguntas: ¿por qué? Pasaron cientos de noches en vela y cientos de días adormecidas por el agotamiento, por el trabajo recién contratado con el que empujar el hogar adelante o, simplemente, por los dichosos antidepresivos a discreción.

Y ante toda esa panoplia de sufrimientos indebidos y acumulados, nadie, ninguna de ellas clamó venganza. ¿Cómo estaríamos si cada cual hubiera aplicado una dosis de revancha! Pero no, sólo reclaman justicia, y la exigen. Se lo deben a sus seres queridos, a los que se quedan en la tierra y a los que están debajo de ella. Nunca se les podrá reparar suficientemente su pérdida, pero podemos acercarnos lo más posible a mimar su herida sangrante, que se reabre y brota con cada posterior atentado: revivir el drama, porque cada víctima siente como propio cada vez que ETA reinicia la ceremonia de la muerte.

Por último, ellas, ante la tristeza abisal de la muerte violenta e inconcebible de su amor, de su hijo, de su padre, de su hermano... un deseo les recorre el cuerpo de norte a sur: nunca más, nadie más. Es obvio que no son bobas, que no se consuelan con la desgracia de muchos. Más bien al contrario, quieren ser la última de la fila, la definitiva, el punto final. Por eso, me quedo con Montse y su inmensa generosidad de querer ostentar para siempre el triste honor de ser la última madre sufriente.

Yo, personalmente, siento un inmenso cariño por todas ellas, porque sufrieron una brutal injusticia, porque se sorbieron las lágrimas casi hasta el ahogo y tiraron de la vida peñas arriba, ante la adversidad más cruel, y porque, en su mirada magullada de dolor, nunca engendraron odio. Además, su sufrimiento se lo infligieron en mi nombre, en nuestro nombre, en nombre de todos los vascos; por eso creo que la sociedad vasca les debe el cariño que no obtuvieron, el reconocimiento que no supimos darles y la reparación que merecen. Mañana, en el Parque de Bilbao, me uniré al homenaje que les vamos a tributar: son parte de mi ser, son parte de nuestro ser.

* Gesto por la Paz

¡Hecho!



Recibirás un e-mail para confirmar tu registro.

Enseguida te devolvemos a la página en la que estabas donde verás tu comentario publicado



© Diario de Noticias-Edición Digital